



Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

De la filosofía de la acción a la filosofía de la economía

consideraciones en torno a la obra de Maurice Blondel

Año
2016

Autor
Carrión, Gonzalo

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Carrión, G. (2016). *De la filosofía de la acción a la filosofía de la economía*. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

V CONGRESO DE ADMINISTRACIÓN DEL CENTRO DE LA REPÚBLICA

**II ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ADMINISTRACIÓN DEL CENTRO DE LA
REPÚBLICA**

I CONGRESO DE CIENCIAS ECONÓMICAS DEL CENTRO DE LA REPÚBLICA

**“DESAFÍOS PARA LA GESTIÓN DE ORGANIZACIONES FRENTE A LAS NUEVAS
REALIDADES DE LA SOCIEDAD”**

VILLA MARÍA - ARGENTINA - 06 y 07 DE OCTUBRE DE 2016

**DE LA FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA:
CONSIDERACIONES EN TORNO A LA OBRA DE MAURICE BLONDEL**

CARRIÓN, GONZALO. AUTOR Y EXPOSITOR

Auspician



Adhieren



DE LA FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA: CONSIDERACIONES EN TORNO A LA OBRA DE MAURICE BLONDEL

PALABRAS CLAVE: ACCIÓN, MAURICE BLONDEL, FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA, POSITIVISMO

INTRODUCCIÓN

Según Daniel Hausman (2013) dentro de la “Filosofía de la Economía” se incluyen indagaciones sobre: a) la elección racional, b) la valoración sobre los resultados económicos, instituciones y procesos, y c) la ontología de los fenómenos económicos y las posibilidades de adquirir conocimiento de ellos. La filosofía de la economía abarcaría, por tanto, cuestiones relativas a la teoría de la acción, la ética y la filosofía de la ciencia, respectivamente. Ahora bien, si la pregunta por la acción humana en cuanto económica, su valoración y posibilidades de abordaje científico constituyen el núcleo de la filosofía de la economía, tendría sentido enmarcarla dentro de la cuestión de la acción en su totalidad. De ahí la sugerencia de ahondar en las reflexiones de Maurice Blondel (1861-1949) como “el filósofo de *La Acción*” para re-pensar el problema económico desde el horizonte más amplio de la pregunta por la acción en cuanto tal.

Como es sabido, *La Acción* de Blondel pretendió ser un estudio objetivo, científico, sobre la dinámica interna del yo-en-acción partiendo de una ontología fundamental, anticipando a Heidegger. En este intento de exhibir fenomenológicamente la dinámica humana tal como esta se da, Blondel busca, *more cartesiano*, un hecho insoslayable y personal (universal) que permita superar todo escepticismo, y lo encuentra en el actuar. La acción, entiende Blondel, revela el destino del hombre mediante el descubrimiento de una lógica indestructible, inherente al despliegue de la voluntad, que manifiesta un determinismo propio de y en la acción. Así, puede decirse que Blondel plantea una cuestión de fondo, o a su propio decir, *la cuestión*

filosófica, valiéndose del *método de la inmanencia*, sin aceptar por ello el *principio de inmanencia*. Al no suponer una ontología, el despliegue fenomenológico del pensar blondeliano intenta manifestar el problema antropológico en su profundidad vital, esto es, en el drama de la inadecuación de la voluntad humana en la acción¹.

A partir de la vitalidad y radicalidad de la reflexión blondeliana, en el presente trabajo se intentarán indicar algunos aspectos relevantes de su análisis sobre el despliegue de la acción en orden a iluminar la problemática económica, centrándose particularmente en la crítica hacia la aproximación positivista de la acción y las consideraciones de Blondel sobre las características de la ciencia social.

Estas cuestiones recobran actualidad tanto por el grado de desarrollo técnico-formal alcanzado por la ciencia económica contemporánea como por los intentos refundacionales que se vienen proponiendo desde hace unas décadas mediante los aportes de la psicología experimental y, especialmente en los últimos años, desde la aproximación neurocientífica a la economía².

ACCIÓN Y ECONOMÍA

En el primer libro de la *Política*, las reflexiones aristotélicas ubicaban a la economía como una ciencia práctica, y en este sentido, estrechamente vinculada con la ética y la política. En efecto, el sentido etimológico de la “recta administración del hogar”, transferido luego a la polis, señala que lo propio de la economía consiste en la administración de recursos materiales en vistas de la *vida buena*. Esta especificación de acuerdo con la causa final de la economía, hace que Aristóteles la distinga de la crematística en cuanto *arte* de la adquisición. Como *arte*, la crematística puede referirse a la adquisición de riquezas en un sentido natural o anti-natural, es decir, puede ser considerada como una parte de la economía, como un medio; o puede ser entendida como un fin en sí misma. Desde la primera perspectiva, afirma el estagirita:

¹ Sobre el contexto y la importancia de *La Acción* en la vida y obras de Blondel puede consultarse: Bouillard (1966, 9-77).

² Sobre la formalización técnica de la ciencia económica vinculada al concepto de racionalidad instrumental, véase Crespo (2012, pp. 39-52); mientras que para el desarrollo de la *Behavioral Economics*, puede verse Heukelom (2014) y Kahneman (2012), en tanto que para las discusiones en torno a la *Neuroeconomía*: Camerer, Leowenstein and Prelec (2005), Muramatsu (2009), Harrison and Ross (2010), Marchionni and Vromen (2010).

Así pues, una especie de arte adquisitivo es naturalmente una parte de la economía: es lo que debe facilitar o bien procurar que exista el almacenamiento de aquellas cosas necesarias para la vida y útiles para la comunidad de una ciudad o de una casa. Y parece que la verdadera riqueza proviene de éstos, pues la provisión de esta clase de bienes para vivir bien no es ilimitada, como dice Solón en un verso:

Ningún límite de riqueza está fijado a los hombres.

En efecto, existe aquí uno, como en las demás artes. Ningún instrumento de arte es ilimitado ni en cantidad ni en magnitud. Y la riqueza es la suma de instrumentos al servicio de una casa y de una ciudad. Por tanto, es evidente que hay un arte de adquisición natural para los que administran la casa y la ciudad. (1256b13-15)

La crematística natural, pues, tiende al vivir bien para lo cual reconoce un límite en la adquisición de medios para tal fin. No obstante, con el crecimiento de las sociedades y la aparición del dinero en el incremento del cambio de productos, surge un tipo distinto de crematística, cuya finalidad es la adquisición de riquezas *per se*. Aristóteles la identifica de la siguiente manera:

En efecto, cosas distintas son la crematística y la riqueza según la naturaleza: ésta es la administración de la casa; aquel otro arte del comercio, en cambio, es productivo en bienes, no en general, sino mediante el cambio de productos, y ella parece tener por objeto el dinero, ya que el dinero es el elemento básico y el término del cambio. Esta riqueza sí que no tiene límites, la derivada de esta crematística. (1257b12-13)

Y termina estableciendo las diferencias entre ambos tipos de artes adquisitivos del siguiente modo:

Sus empleos [de las dos crematísticas], siendo con el mismo medio se entrecruzan, pues ambas utilizan la propiedad; pero no de la misma manera, sino que ésta atiende a otro fin, y el de aquélla es el incremento. De ahí que algunos creen que esa es la función de la economía doméstica, y acaban por pensar que hay que conservar o aumentar la riqueza monetaria indefinidamente. La causa de esta disposición es el afán de vivir, y no de vivir bien. Al ser, en efecto, aquel deseo sin límites, desean también sin límites los medios producidos. (1257b15-1258a16)³

³ Más adelante afirma: "Al residir el placer en el exceso, buscan el arte que les produzca ese placer excesivo. Y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, lo intentan por otro medio, sirviéndose de todas sus facultades no de un modo natural. Lo propio de la valentía no es producir dinero, sino confianza; ni tampoco es lo propio del arte militar ni de la medicina, sino de la victoria y la salud, respectivamente. Sin embargo, algunos convierten toda las facultades en crematísticas, como si ese fuera su fin, y fuera necesario que todo respondiera a ese fin." (1258a17-18). Sobre las nociones de economía y crematística en Aristóteles, véase Crespo (2012: 36-37).

Esta concepción de la economía que vincula los medios materiales con alguna concepción de la vida buena, y que permitía delimitar criterios normativos ante los excesos en la persecución de riquezas, se mantuvo hasta no hace mucho tiempo.

Así, por ejemplo, el mismo Adam Smith en su famoso libro de 1776 sostenía que:

La economía política, considerada como uno de los ramos de la ciencia del legislador o del estadista, se propone dos objetivos distintos: el primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia, o, hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberano y al pueblo. (1999: 376)

Y un siglo después, Alfred Marshall definía a la economía de la siguiente manera:

La ECONOMÍA POLÍTICA o ECONOMÍA es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida; examina aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente relacionada con la consecución y uso de los requisitos materiales del bienestar. (1957: 3)

Sin embargo, a partir de la disputa planteada por Lionel Robbins en 1932, oponiendo un tipo de definición material a otra formal de la economía, quedó establecida como núcleo de la teoría económica convencional la siguiente concepción:

La escasez de los medios para satisfacer fines de importancia variable es casi una condición omnipresente de la conducta humana.

En esto estriba, pues, la unidad temática de la Ciencia Económica: las formas que reviste la conducta humana al disponer de medios que son escasos. [...]

La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación. (1944: 38-39)

Esta definición de economía se caracteriza por varios elementos. Primeramente, por sustituir nociones como las de riquezas o bienes materiales por el término, más abstracto y general de “medios”. En segundo lugar, y estrechamente vinculado con lo anterior, relativizar la idea de “recursos”, puesto que estos son *medios* y escasos sólo en relación con los *fines*. En tercer lugar, se elimina cualquier especificación respecto de dichos fines, quedándose con una noción de jerarquización asimismo relativa, lo cual, a su vez, excluye de “lo económico” la discusión acerca de los fines del hombre y las consideraciones ético-normativas vinculadas a los límites de la acción. En cuarto lugar, el énfasis metodológico está puesto en la conducta humana,

sin hacer referencia ni al acto volitivo implícito en la elección, por una parte, ni al elemento socio-político presente en las anteriores definiciones, por otra.

Podría decirse que esta especificación del objeto de lo económico para una ciencia centrada en el problema de la escasez, *i.e.*, de la constante inadecuación entre medios-fines en la elección, permite entrever la manifestación dentro del problema económico de la cuestión más general y profunda en la base del abordaje blondeliano de la acción: la inadecuación entre el querer y lo querido, entre la voluntad queriente y voluntad querida, es decir, el movimiento que desde sus inicios “viene de lo infinito y va hacia lo infinito”, pasando por distintos momentos-determinaciones que la voluntad toma por instantes como absolutos, pero que inmediatamente sobrepasa en el despliegue variado e incesante seguido por el determinismo de la acción. En efecto, el hecho económico de la elección en contexto de restricciones, sea en la actividad del consumo, de la producción o de la distribución, puede interpretarse como una faceta de la radicalidad de la finitud humana que, sin embargo, quiere lo infinito, y en cuya búsqueda es imposible escapar de los costos de oportunidad: optar por adquirir el bien A implica que ya no dispondré de ese dinero para adquirir el bien B; la opción implica un sacrificio, que no necesariamente se refiere al dinero o algún bien material. La dimensión temporal propia del hombre como ser finito manifiesta de manera particular la relación intrínseca entre elección y costo-sacrificio.

Si bien, cabe insistir, la definición de ciencia económica centrada en la escasez revela un aspecto esencial del problema humano de la acción, es posible sostener que su enfoque conductual e individualista ha tendido a transformarla en un conjunto de herramientas técnicas, matemáticamente definidas, para explicar y predecir de qué manera conseguir los mayores beneficios con los menores costos. Dicho de otra manera, la economía durante el siglo XX se transformó en gran medida en una rama del análisis lógico-matemático de maximización-optimización, más cercana a la idea aristotélica de *crematística* que a la de *economía*.

Sin negar la importancia de este abordaje de los fenómenos económicos, la filosofía blondeliana de la acción abre la posibilidad de realizar una doble crítica en orden a cuestionar tanto los alcances del objeto de estudio de la economía, como de su perspectiva metodológica. En este sentido resultan importantes las advertencias de

Blondel sobre el problema de reducir los *actos* humanos a *hechos*, por un lado, y sus concepciones acerca de la ciencia social, por otro.

ACCIÓN ECONÓMICA: DEL HECHO AL ACTO

El primer punto aparece vinculado a la crítica blondeliana respecto de la pretensión positivista de absolutización de la ciencia empírico-matemática como ideal y modelo de conocimiento. Aunque Blondel reconoce que “las ciencias no tienen que preocuparse de explicar el fondo de las cosas. Tiene solamente que constituir un sistema de relaciones coherentes, a partir de diferentes convenciones y en la medida en que cada una de sus diferentes hipótesis está controlada de hecho” (LA 113)⁴; esta misma limitación muestra la incoherencia del cientificismo cuando pretende “agotar” la realidad mediante el abordaje científico, sea por negar la validez de otro tipo de conocimiento, o por limitar los alcances de las propias capacidades cognitivas humanas. Esta incoherencia para Blondel se evidencia especialmente en el reduccionismo operado al tratar el fenómeno de la subjetividad desde una perspectiva científicista:

Así se pone de manifiesto el vicio de la concepción positivista o evolucionista: «El *sujeto*, se dice, no es para sí mismo *objeto* de ciencia; no es conocido más que por otros métodos científicos, en función de hechos positivos; es un *epifenómeno* totalmente reducible al aspecto externo, un reverso». Error evidente: el conocimiento subjetivo tiene un objeto propio, ya que su razón de ser es precisamente ser lo que no son las demás ciencias y sin lo cual éstas no existirían. (LA 114-115)

Y más adelante afirma:

Al hacer experimentos sobre lo que se llama análisis psicológico, al discutir sobre la posibilidad del empleo de la síntesis o de experimentación mental, pervierte el sentido de las palabras y no logra más que esbozar una pseudociencia, porque en el uso mismo de su «método subjetivo» considera lo subjetivo como un hecho y no como un acto; con el pretexto de estudiarlo, lo desfigura. Porque no se capta su realidad viviente más que colocándose, no en el punto de vista estático del entendimiento, sino en el punto de vista dinámico de la voluntad. No

⁴ Las referencias incluyen la abreviatura de *La Acción* seguidas por el número de página de la edición castellana de la B.A.C. de 1996.

es necesario intentar imaginar la acción, ya que ella es precisamente la que crea los símbolos y el mundo de la imaginación. (LA 133)⁵

Como es bien sabido, la economía fue una de las ciencias sociales que más fuertemente se vio interpelada por el ideal epistémico positivista, lo que se manifestó particularmente en la denominada corriente “marginalista” a partir de 1870, mediante la refundación de la economía a través de los aportes de la naciente psicología experimental en la constitución de una teoría subjetiva del valor, y los métodos del cálculo infinitesimal extrapolando las estrategias analíticas y explicativas de las ciencias naturales. En este sentido resulta más que significativa la frase de Jevons, para quien la economía “al tratar sobre cantidades, siempre ha sido necesariamente matemática en su objeto” (1998: 190)⁶.

Mediante dicho enfoque, la elección humana tendió a ser considerada desde la exterioridad de relaciones de conducta pretendidamente cuantificables y, por tanto, matemáticamente operacionalizables. Dicho en términos blondelianos, el acto humano de elección fue reducido a un hecho análogo a cualquier fenómeno físico. Sin embargo, podría argumentarse que esto pierde de vista el trasfondo subjetivo sobre el que necesariamente se sostiene toda elección, el cual, a su vez, se inscribe en, y se comprende desde, el más profundo problema del sentido de la vida y del destino humano. Desde esta perspectiva surge la pregunta ¿sería consecuente delimitar el objeto de la economía a la relación de eficiencia técnica entre medios escasos y fines dados, eliminando las cuestiones del origen y fin del acto económico, so pretexto de construir una “ciencia estricta”?

A propósito de la real dimensión de la problemática económica, cabría recordar la siguiente frase del filósofo de Aix: “Así pues, en vano esperaríamos resolver, desde un punto de vista positivista, el problema de la vida: quien lo pretendiera mostraría su incompetencia e inconsecuencia. Las ciencias positivas no son más que la expresión parcial y subordinada de una actividad que las envuelve, las sostiene y las desborda” (LA 117).

⁵ “[L]ejos de ser un simple *epifenómeno* o un duplicado de los fenómenos físicos o fisiológicos, el acto de conciencia oculta y concentra todo el medio del que se ha sustentado —es una receptividad universal; tiene un grado de realidad y precisión superior a los objetos de las ciencias positivas, que no existirían sin él—, es una originalidad radical. Porque el hecho no existe más que por el acto; y sin el fenómeno subjetivo no habría ninguna otra cosa. El que plantea algo, necesita, pues, un sujeto. Las ciencias positivas convergen en una ciencia de la acción.” (LA 135).

⁶ En la misma línea podría recordarse el último artículo escrito por Léon Walras, donde defiende la unidad metodológica entre ciencias sociales y naturales estableciendo un estricto paralelismo entre la economía y la mecánica: “Économique et Mécanique” (1909).

Ahora bien, introducir la dimensión subjetiva en la problemática económica implica reconocer la relevancia científica de cuestiones tan complejas como las de la libertad, la relación entre teoría y práctica, la moralidad, y sus múltiples relaciones. En este sentido, la filosofía blondeliana de la acción, al entender a la ciencia como un paso en el despliegue de la acción y, por ende, al pensamiento como una forma de acción, permite re-interpretar el problema de la relación sujeto-objeto en las ciencias sociales. En efecto, al mostrar los límites de la concepción positivista del acto humano, señala la constante interrelación entre la reflexión teórica sobre lo económico y la elección libre en la acción económica. Dice el autor:

La reflexión no es estéril, es la fuerza de las fuerzas; y, como si fuera la palanca apoyada sobre la idea de infinito, puede mover el universo. Por esta razón, la teoría actúa sobre la práctica; porque el pensamiento es una forma de la acción, a partir de la cual erige una voluntad libre. (LA 153)

Y más adelante:

En una palabra, para actuar hay que participar de una capacidad infinita. Para tener conciencia de actuar es necesario tener la idea de este poder infinito. Pero es en el acto racional donde hay síntesis de la capacidad y de la idea infinita. Y a esta síntesis es a lo que llamamos la libertad. (LA 156)

Este fenómeno de interacción entre teoría y práctica se muestra particularmente importante en economía por cuanto el economista que realiza un diagnóstico y luego un pronóstico, sobre la realidad, influye sobre las decisiones de los mismos actores cuya conducta pretende predecir, lo que establece un *feedback* entre pensamiento y acción, fenómeno que George Soros (1999) denomina “reflexividad”, y cuyas derivaciones habitualmente no se consideran, o se subvaloran, en el saber económico convencional.

A su vez, el carácter subjetivo y libre del acto humano económico se abre necesariamente, como muestra el estudio del determinismo de la acción, al ámbito de la moralidad. Esto significa que la economía, sea considerada como saber o como práctica, no puede eludir el problema de los criterios éticos en la evaluación de la elección. La relación cuantitativa entre medios y fines tiene que complementarse con el estudio cualitativo de la adecuación de tales medios y la correspondencia de tales fines con la dimensión normativa inherente a la heteronomía que manifiesta la cuestión última del destino humano:

Por su carácter sintético, la acción es el quicio entre el determinismo científico y el determinismo práctico, de los cuales aquél sigue y éste precede a la decisión voluntaria, pero dependiendo los dos de la iniciativa del querer. Por medio de la acción restituimos al universo todo lo que parecía que tomábamos prestado de él, y más todavía, porque convertimos en moral a nuestra naturaleza animal al hundir en nuestras entrañas la virtud operante del deber; y al actuar, aprendemos lo que tenemos que hacer, es decir, que nuestra voluntad logra conocerse y adecuarse cada vez mejor a sí misma. (LA 178)

En este sentido, cabe reconocer también para la economía lo que Blondel reivindica para la ciencia de la acción: la apertura a las dimensiones de la libertad y de la moralidad hacen que la economía recupere su carácter de ciencia práctica:

La conducta humana no se organiza en el ámbito del conocimiento claro. Tampoco se lleva a cabo la vida individual en los límites de la individualidad. Se tiene, entonces, que lanzar la acción en la inmensidad de las cosas, y esperar la respuesta de esta misma inmensidad. Ya que la acción es tanto una llamada como un eco del infinito: viene del infinito y va al infinito. La ciencia sólo puede ser aquí práctica, esto es, no puede estar fundada más que en una experimentación real de la impenetrable complejidad de la vida. (LA 326)⁷

LA ECONOMÍA COMO CIENCIA SOCIAL

El segundo punto señalado al inicio de este trabajo remite a las consideraciones blondelianas sobre la ciencia social. En la Cuarta Etapa de *La Acción*, el autor se dedica al desbordamiento de la acción respecto del acto individual para llegar a su necesaria apertura hacia los otros sujetos, es decir, a su implicancia social⁸.

⁷ A propósito, en un pasaje que recoge en gran medida el espíritu de muchas ideas de Adam Smith sobre la acción económica del colono, en su imbricación con la esfera moral y política, dice Blondel: "La dura vida del campesino no es tan útil para la nación por los alimentos que le procura como por la fuerte sabiduría de temperamento y de carácter que da al hombre el contacto con la tierra. Y si hay que honrar a los miembros activos que se entregan con coraje a trabajos necesarios, es porque en la fuerza, en la belleza y en la salubridad del trabajo corporal expresan y operan al mismo tiempo el saneamiento moral, la pacificación interior, el vigor de la voluntad." (LA 223).

⁸ Precisamente una de las claves para comprender la importancia de la acción para Blondel radica en su ser relacional: mediante ella el hombre se muestra como estructuralmente constituido por la alteridad. De aquí la preeminencia de la acción como acceso a la totalidad de la realidad en cuanto lo otro del yo-en-acción. Como se verá, esto permite superar la concepción de la economía como ciencia de individuos autointeresados, estrechamente asociada al individualismo metodológico, para abrirla al horizonte de la ciencia social.

Apartándose de toda comprensión individualista y, en tal sentido, economicista, de la sociedad, Blondel niega cualquier tipo de genética contractualista para explicar el origen de la sociedad:

Es un error fundamental pretender fundar la vida social en el intercambio de los fenómenos, en el contacto de las sensibilidades o en el comercio de los intereses. No, la sociedad humana, por restringida o amplia que sea, no descansa en un juego de signos, en un cálculo de las fuerzas útiles, en un equilibrio compensador de las leyes económicas, en la exterioridad de los hechos. Tiene una realidad bien distinta, porque implica la unión activa de los sujetos mismos, las energías y las vidas puestas en común. (LA 291-292)

Asimismo, en otro pasaje afirma:

Ahora bien, la vida social no es sólo un intercambio regulado de intereses; no se limita a los fenómenos económicos; no es extraña a la intimidad de los afectos ni se mantiene neutral en el campo reservado de las conciencias. Mientras un pueblo no sea uno por el pensamiento, no es un pueblo, sino un conflicto equilibrado de apetitos y codicias. (LA 307)

Queda claro que, para el autor, la sociedad explicada mediante el mero intercambio de intereses egoístas sería, cuanto menos, una grotesca caricatura de la vida en comunidad. ¿Pero de esto no se seguiría, acaso, que la propia imagen del intercambio económico como una aritmética de contratos autointeresados – intercambio que no surge sino en la sociedad– sería al menos sospechosa en cuanto fiel representación de la actividad económica? Podría argumentarse que la comprensión blondeliana de la acción social, y de la ciencia social, obliga a reconsiderar muchos supuestos y consecuencias de la economía convencional, en cuanto que ella misma es una ciencia social. A propósito, en un interesante párrafo dice Blondel:

La obra común siempre escapa más o menos a nuestros influjos y precauciones. En lo que hacemos, siempre está lo que hacemos hacer; y en lo que hacemos hacer, siempre subsiste un fondo latente de energía que se escapa a nuestra previsión y a nuestro gobierno. En los cálculos más sagaces del hombre práctico o del economista hay que contar con una incógnita que, sin duda, no resulta apreciable a los sentidos, y ni siquiera al entendimiento, pero que encierra la infinitud de una fuerza o de una voluntad. [...] Quiero que esta fuerza desconocida que colabora conmigo sea un sujeto análogo a mí y que este sujeto se una a mí como auxiliar y amigo. (LA 292)

No el riesgo, sino la incertidumbre, ligada a los efectos de la acción libre y voluntaria, amplifica sus alcances desde la perspectiva de las repercusiones sociales del acto humano, resumido en la frase: “En lo que hacemos, siempre está lo que hacemos hacer”. Esto implica considerar dentro de la esfera de “lo económico” no solamente las motivaciones egoístas, sino también las motivaciones simpatéticas y cooperativas, que no ven en el otro sólo utilidad, sino también comunión y donación. De esta manera, puede encontrarse una síntesis del pensamiento blondeliano sobre el estatuto epistémico de la ciencia social en el siguiente pasaje:

La acción voluntaria viene a ser, entonces, el aglutinante que edifica la ciudad humana, la función social por excelencia. La acción está destinada a la sociedad, y los unos dependemos de los otros tan sólo en virtud de la acción. Sobre este único fundamento se apoyará sólidamente la ciencia social, una ciencia que sería incompleta, o incluso falsa, si se contentara con estudiar el mecanismo de los fenómenos exteriores y el concierto abstracto de la vida colectiva, una ciencia en la que no se logra dar razón del derecho privado, del poder civil y de la organización política más que evitando el método impersonal y las generalidades propias de las ciencias positivas, para considerar la manera siempre concreta y particular en que la sociedad ha sido generada. Porque es propio de los *actos* el no poder ser considerados como *hechos*, sin un carácter singular y subjetivo. Y así como no se es primero un hombre y después tal hombre en particular, tampoco la sociedad existe sin ser tal sociedad, sin convertirse en una especie de corazón común para aquellos que se aman en ella y por ella. La sociología tiene un carácter científico sólo si no es una ciencia como las demás. (LA 295)

De acuerdo con lo anterior, el estudio de la acción permite echar luz sobre el estatuto epistémico de la ciencia social, lo que significa, en última instancia, tener presente la encarnación de lo universal en una sociedad particular. Podría decirse que así como el hombre no es sólo un individuo, la sociedad no es sólo un cúmulo de átomos interesados, es una comunidad particular, cuyas especificidades son estructurantes para un conocimiento realmente científico de la misma.

Esta conciencia de la particularidad de cada comunidad decanta en la importancia de la dimensión histórica en el estudio social. A propósito dice el autor:

En este sentido, el carácter siempre singular de la vida debe reencontrarse en la ciencia social para que ésta sea ciencia. *Omne individuum ineffabile*. La verdadera razón de ser de la historia consiste en definir la originalidad de cada una de las síntesis vivas que el movimiento de la vida general ha engendrado. Por ello se vincula sólidamente con

todas las ciencias, ya mejor constituidas, que determinan el encadenamiento de los hechos y la heterogeneidad de los seres que estudian. Es más bien una evolución general la que crea las razas que una contribución de las razas la que forma las naciones. ¿Cómo se establecen casos diferentes de equilibrio estable? ¿Y cuál es el genio único, la obra propia, la organización incomparable, la fisonomía totalmente nueva de cada nación? He ahí el problema histórico. Que no se hable entonces en modo alguno, so pretexto de imparcialidad científica, de hacer abstracción de los sentimientos que hacen latir el corazón de un pueblo: la historia verdaderamente más patriótica es en realidad la más científica. (LA 309)

En una advertencia que recuerda la confrontación entre la escuela histórica alemana y la economía clásica-neoclásica, Blondel llama la atención sobre la insuficiencia y hasta contradicción de intentar estudiar las sociedades mediante leyes naturales-abstractas de carácter mecánico. Sin reparar en el devenir histórico de las sociedades, que ayudan a entender el sedimentar temporal de los modos y costumbres que configuraron sus particularidades, moldean su presente y prefiguran su porvenir, ninguna ciencia social será completa. Por tanto, sin el estudio histórico de las instituciones de cada sociedad particular la economía resultaría, al menos, incompleta⁹.

La imposibilidad de tratar los fenómenos sociales como hechos físicos desde el punto de vista de la historicidad de los actos humanos ha sido particularmente reconocida en el siglo XX por los autores postkeynesianos, quienes, como recuerda Lavoie (2005), han señalado las limitaciones de los modelos de equilibrio neoclásicos por no considerar, por un lado, la irreversibilidad temporal de las acciones humanas, y por otro, la irreductibilidad de la incertidumbre en ese devenir histórico de la acción. Reconociendo esta faceta en su estudio, dice Blondel:

Si existe una acción del individuo sobre la sociedad, y de la sociedad sobre el individuo, sobre todo hay que tener en cuenta la influencia que ejerce la sociedad sobre la sociedad misma. Esto es, que las costumbres crean costumbres; que un hecho social se deriva de otros hechos sociales y colectivos en los que el sentimiento tiene más importancia que la idea clara; y que la acción individual no basta para organizar la vida del

⁹ “Una sociedad nunca es, por tanto, una sociedad cualquiera, porque siempre se funda en un sentimiento muy particular y en una voluntad absolutamente concreta. La primera verdad social, aquella misma de la que depende la sociología, es la que pone como principio la originalidad histórica y el carácter individual de todo organismo nacional. De ahí se derivan las leyes generales que gobiernan la organización de las sociedades humanas y los principios abstractos del derecho público.” (LA 312).

individuo, porque siempre hay más en la lógica práctica de cuanto pueda descubrir el análisis abstracto. (LA 328)¹⁰

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

En los párrafos anteriores se sugirió que dentro del amplio espectro de la reflexión blondeliana sobre la acción, muchas ideas pueden ser fecundas para el desarrollo de la filosofía de la economía, particularmente teniendo en cuenta que la economía, como ciencia y como práctica, se incluye como uno de los tantos estadios por los que se despliega el determinismo de la acción. En efecto, mediante el método de la immanencia Blondel va develando en sucesivas etapas la expansión de la acción, verificando en cada etapa el principio según el cual el querer queriente hace que uno vaya más allá de lo querido en cuanto esto verdaderamente se quiere.

De este modo, se trató de mostrar que en la evolución de la noción de economía como ciencia su objeto de estudio se fue especificando hasta priorizar, en cierto sentido, la problemática de inadecuación constitutiva entre medios escasos y necesidades ilimitadas. No obstante, al estar fuertemente ligada al abordaje epistémico positivista, esta concepción contemporánea de economía es susceptible a la crítica blondeliana sobre la reducción de los *actos* humanos a meros *hechos*. Esta crítica llama, pues, a una apertura hacia la dimensión de la subjetividad, la cual desborda el marco analítico del modelo científico físico-matemático, reintroduciendo las problemáticas de la libertad y de la moral desde dentro de la propia elección económica.

Pero, así como el estudio sobre la acción pone de manifiesto la subjetividad, de igual modo se impone la naturaleza social del acto en general, y del acto económico en

¹⁰ Anteriormente, considerando la moralidad de los actos humanos, había dicho: “¡Cuán importante es proteger la ciencia moral tanto de las comprobaciones empíricas como de la razón razonadora y de las fantasías individuales! Porque si se estimase que «la conciencia» puede ser juzgada por la dialéctica, desaparecería la conciencia. [...] Las creencias vitales del hombre son el resultado de largos tanteos, de innumerables pruebas y, por decirlo de algún modo, de un lento asentamiento. [...] Lo que se llama idea moral no es, en cierto sentido, más que un extracto y una anticipación de la experiencia, un postulado o una hipótesis necesaria para la interpretación de los hechos o, más bien, una adaptación real y progresiva de la acción y de la conciencia a las condiciones de la vida. Esta justa apropiación es la regla empírica de la práctica. Porque esta razón práctica no dogmatiza partiendo de concepciones abstractas desde las cuales pretendiera modelar, de una vez y para siempre, todas las conciencias y todas las sociedades. Se forma, al contrario, poco a poco y se renueva interiormente por el propio movimiento de la evolución general. De modo que, considerada desde este aspecto, la moral es el resumen y la conclusión, siempre variable y provisional, de la historia no sólo de la humanidad, sino también de todo el universo.” (LA 327).

particular. Esto implica señalar otras limitaciones del enfoque convencional de la economía contemporánea, basada en el uso de modelos que no pueden captar la irreductible historicidad de la acción humana, como tampoco las particularidades que caracterizan una comunidad que, en cuanto tal, es única, irrepetible y cuyo estudio requiere del respeto hacia tales particularidades sedimentadas en y por el tiempo. Desde este punto de vista, la filosofía blondeliana enseña que la socialidad de la acción también desborda el análisis económico convencional, tanto por su concepción de la sociedad en sí, como por el inabarcable abanico de causas y consecuencias de las acciones en y de la sociedad.

De acuerdo con lo anterior, muchas ideas y proposiciones derivadas de la ciencia blondeliana de la acción se mostraron afines a pensadores y escuelas económicas críticas del *mainstream* contemporáneo. No obstante, la riqueza y profundidad del análisis fenomenológico blondeliano puede resultar fecundo para la economía no solamente desde la perspectiva epistémica, práctica y ontológica, sino que su propio dinamismo conduce al umbral de las realidades de este mundo y permite, o mejor dicho, requiere, que la acción económica se entienda desde un impulso vital inicial cuya finalidad última se abre por su propia naturaleza a la trascendencia:

De esta manera se desvela poco a poco la aspiración profunda del hombre; se despliega la serie de medios por los cuales busca su fin. Todo el orden de la naturaleza entra en el campo de su experiencia. Todo cuanto recibe *a posteriori*, ya lo solicitaba *a priori*. Lo que busca es la definición misma de su propio interés. (LA 333)

La indagación blondeliana, por tanto, interpela a la economía como ciencia y como práctica con un movimiento eficiente y final hacia lo que podría denominarse como “La Economía del Único Necesario”, es decir, de Aquel que, dando sentido a todo lo que es, *realiza* la economía al completar las aspiraciones primeras y últimas del impulso vital expansivo de la acción. Quizás en este nivel de reflexión se encuentren los mayores desafíos para la filosofía de la economía contemporánea; desafíos tan insoslayables como decisivos.

Por último, cabe señalar que la complejidad de la indagación por el sentido de la acción humana, en sus consecuencias para la ciencia económica, fue claramente comprendida por uno de los más eminentes economistas argentinos, lamentablemente fallecido hace unos meses, el Prof. Julio Olivera. En un artículo de 1997, reeditado en su libro *Economía y Hermenéutica*, decía:

Establecer el sentido de una acción implica interpretarla. El estudio de la actividad económica envuelve así ineludiblemente una labor interpretativa. La ciencia que trata de la actividad económica, es por consiguiente una ciencia de interpretación, una hermenéutica, y en virtud de la naturaleza de su objeto, una hermenéutica social. (2010: 192)

A lo que posteriormente agregaba:

Toda ciencia de la realidad puede servir para dos fines: conocer la realidad y operar sobre ella. El primero da origen al uso teórico de la ciencia; el segundo, a su uso práctico. La aplicación práctica de la ciencia económica, como la de cualquier otra rama del conocimiento, está regida por la ética. Las leyes económicas no son reglas morales; pero el funcionamiento de un sistema económico, centralizado o descentralizado, individualista o socialista, depende en última instancia de las fuerzas morales de la sociedad. (2010: 198)

Si esto es así, entre las tantas preguntas que surgen, quizás una de las más preocupantes sea: ¿La formación actual de los profesionales en economía está a la altura de su objeto de estudio? Refiriéndose a la crisis financiera del 2008 –cuyas consecuencias todavía se hacen sentir–, Ricardo Crespo llama la atención sobre esta cuestión:

Los economistas fueron las estrellas de la crisis. Se suponía que deberían haber actuado como los guardianes de una economía sana y, sin embargo, no lo hicieron. La crisis fue prevista por pocos de ellos y no llegaron a tiempo. Esto sucede porque están habituados a considerar solamente los aspectos técnicos de los asuntos económicos. Parece muy importante cambiar el modo de formarlos. La economía debe aprenderse en el marco de una escuela de pensamiento social. Antes que las herramientas (modelos, etc.), que deben quedar para un segundo ciclo, los economistas deben aprender filosofía política, historia, sociología, psicología, antropología, filosofía moral e incluso literatura. [...] En efecto, los grandes economistas fueron grandes humanistas. (2012: 151)

Creemos que en los tiempos que corren estas voces de alerta sobre la formación del economista, tanto en sus aspectos teóricos como prácticos, cobran particular significación. Por ello nos hacemos eco de la advertencia de Crespo: “Los economistas necesitan las humanidades, su reintegración con el resto de las ciencias sociales y, sobre todo, necesitan la filosofía. La filosofía urge.” (2012: 156)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles: *Política*. Introducción: Miguel Candel Sanmartín, traducción y notas: Manuela García Valdés, Gredos, Barcelona, 2003.
- Blondel, Maurice: *La acción (1893) Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*. Introducción, versión y notas: Juan M. Isasi y Cesar Izquierdo, B.A.C., Madrid, 1996.
- Bouillard, Henri: *Blondel y el cristianismo*, Ediciones Península, Madrid, 1966.
- Camerer, Colin, Leowenstein, George and Prelec, Drazen: "How Neuroeconomics Can Inform Economics", *Journal of Economic Literature*, 43/1, 2005, pp. 9-64.
- Crespo, Ricardo F.: *Filosofía de la economía*, EUNSA, Navarra, 2012.
- Hausman, Daniel M.: "Philosophy of Economics", en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta (ed.), 2013. URL = <http://plato.stanford.edu/archives/win2013/entries/economics/>
- Harrison, Glenn W. and Ross, Don, 2010. "The methodologies of neuroeconomics", *Journal of Economic Methodology*, 17/2, pp. 185-196.
- Heukelom, Floris: *Behavioral Economics: A History*, Cambridge University Press, New York, 2014.
- Jevons, William S.: "Una teoría general matemática de la economía política" en Julio Segura y Carlos Rodríguez Braun (eds.), *La economía en sus textos*. Taurus, Madrid, 1998, pp. 190-198.
- Kahneman, Daniel: *Pensar rápido, pensar despacio*, Debate, Buenos Aires, 2012.
- Lavoie, Marc: *La economía postkeynesiana. Un antídoto del pensamiento único*. Icaria Antrazyt, Barcelona, 2005.
- Marchionni, Caterina and Vromen, Jack: "Neuroeconomics: Hype or Hope?", *Journal of Economic Methodology*, 17/2, 2010, pp. 103-106.
- Marshall, Alfred: *Principios de economía. Un tratado de introducción*. Aguilar, Madrid, 1957.
- Muramatsu, Roberta: "The Possibilities of Neuroeconomics: An Account Through the Lens of Economic Methodology" en Gustavo Marqués (ed.) *Racionalidad, Economía e Interdisciplinariedad*, CIECE (FCE-UBA), Buenos Aires, 2009, pp. 249-298.

- Olivera, Julio H. G.: "Realidad e idealidad en la ciencia económica" en *Economía y hermenéutica. Una selección de veinte artículos sobre temas de Teoría Económica*, Eduntref, Caseros, 2010.
- Robbins, Lionel: *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, FCE, México 1944.
- Smith, Adam: *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. Edición de Edwin Cannan, introducción de Max Lerner, traducción y estudio preliminar de Gabriel Franco, FCE, México, 1999.
- Soros, George: *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*. Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- Walras, Léon: "Économique et Mécanique", *Bulletin de la Société Vaudoise de Sciences Naturelles*, Vol. 45, pp. 313-325, 1909.